La hora romántica
Ramiro Ledesma

Uno de los “bi-cerebros” habló así ante la gran tertulia:

Conocí a María Rosa en el campo, una tarde de julio, cuando yo distraía los ocios de mis vacaciones veraniegas entre árboles y matas, cara a cara con la naturaleza inmensa, como ante un libro virgen, en el que los hombres no hubieran puesto nada aún.

Descansaba de las tareas estudiantiles en la gran dehesa de mis tíos, donde solía pasar la mayor parte del verano, siempre en amical coloquio con los paisajes más ocultos. La ganadería y la agricultura constituían las explotaciones de la finca, que ejecutaba mi tío por su cuenta, sin mediar arrendatario alguno, ya que estos azacaneos eran sus aficiones más preciadas. Por lo tanto, y más aún, durante los meses de recolección veraniega, había en la dehesa cuadrillas de jornaleros, algunos de los cuales tenían consigo a sus familiares, y habitaban unas viviendas modestas y limpias que mi tío había hecho construir ex profeso en lo alto de una pequeña colina, liberándolos así de las *chozas* antihigiénicas y oscuras. Pero esto era generalmente para los criados de la casa, que permanecían en ella por lo regular años y años. Los demás, o sea los que sólo trabajaban durante la época veraniega, eran de los pueblos cercanos e iban a sus casas todos los días o dormían en pleno campo, teniendo por techumbre las estrellas y por casa la base de un árbol o el resguardo de una roca.

Entre las jornaleras se encontraba María Rosa, una jovencita rubia, de ojos azules y melancólicos, siempre seria, como si su semblante no pudiera dibujar más que líneas graves, de una gravedad ingenua y dulce claro es, pero que ponía en ella un signo de dolencias prematuras o de ensañamientos injustos y crueles.

El elemento femenino de los trabajadores era muy reducido, y dormía en el piso alto de la casa. Eran unas cuantas muchachas de color sano y turgencias enormes, pertenecientes a familias pobrísimas de los alrededores, que mediante una cantidad determinada empleaban su energía física —que era mucha— en los duros y fatigosos trabajos de la recolección.

A mí me gustaba conversar con los jornaleros, siempre alegres y propicios a todo género de risas, como si el fuerte trabajo originara en sus espíritus satisfacciones francas y ruidosas. Pero me gustaba más aún una puesta de sol en compañía de los pastores, subidos en las rocas, contemplando los reverberos, mirando a nuestro alrededor la mancha cada vez más oscura que formaban los robles, oyendo el tintineo cimbálico de las ovejas que pastan en el bajo, cuyo sonido parece brotar de la misma tierra, como despedida al sol, ya tábido y débil en el horizonte, sin fuerzas para herir a los ojos que osen mirarle...

Y una de estas tardes, cuando ya el véspero se apoderaba de la luz y el campo adoptaba un recogimiento místico, me encontré a María Rosa, que regresaba de llevar la provisión nocturnal a los pastores. No me vió. Yo iba fuera del camino, bordeando un pequeño arroyo, y casi cubierto por exuberancias magníficas, con cuyos efluvios mi alma adquiría relieves inmensos. De pronto, me pareció oír una voz, algo así como incoherentes balbuceos de misterio. Se podía notar, sin embargo, que era una canción espontánea, en la que todo fuese explosiones recónditas.

La silueta de María Rosa se dibujaba a veces con trazos sueltos y espaciados. Y diríase que se movía al compás de aquella canción que yo no percibía intensamente, de la que yo no podía gozar porque los árboles y las rocas cortaban los sonidos...

Me pareció también oír lloros y frases de angustia, todo en medio de un sepulcral silencio, que encendía más aun los anhelos y las ansias. Y ella se perdió entre los árboles, llegando a mí, como último signo de su aleteo, las frases con que animaba al rucio a proseguir la caminata de siempre...

Yo me senté al pie de unos zarzales, rendido, con la sensación de que mi piel se había estirado hasta dar cabida a proporciones inverosímiles. Llegué tarde, muy tarde, a casa... con la duda y la inquietud en el alma, como el que persigue una cosa que ignora... que ni siquiera sabe si existe.

Hubo momentos en que dudé si aquella María Rosa era un ente real, esto es, porción de mi

mundo, vida de carne y hueso, o era uno de tantos árboles o una de tantas rocas de las que a mi alrededor se encerraban en "vivires" impenetrables. Sólo una deducción podía obtenerse de aquellos devaneos mentales y de aquellos anímicos malabarismos: Yo me había enamorado.

Pero ¿de quién? ¡Ah! Sí: de una sombra que caminaba por un sendero entonando canciones tristes...

Al día siguiente, hablé con María Rosa en la era:

— ¿Venías tú al anochecer por el sendero de la Laguna?

— Sí, señorito — me contestó. Sus ojos azules me miraron fijos, con brusquedad casi, como reconviniendo mi pregunta, que dejaba al desnudo la intimidad de unos minutos solemnes.

— Me gustó mucho tu canción — le dije.

Ella, al oír estas palabras, se apresuró a volver el rostro y se mezcló con sus compañeras. Quise creer que había vertido una lágrima. Quizá fue una alucinación mía.

Yo siempre he sido muy aficionado a la meditación. Y esto hacía que todo al llegar a mí adquiriera moldeos cerebrales. Pero terminaba fracasando ruidosamente. Pudiera titularse mi vida por entonces como un esfuerzo titánico por libertarme de presiones molestas. Y, sin embargo, estas presiones molestas algunas veces no sólo dejaban de serlo, sino que se me aparecían como bellas perfecciones. He aquí mi fracaso rotundo, que yo deploraba amargamente los ratos en que podía hacerlo, cuando, después de un intenso devaneo cerebral, lograba predominios anhelados, y mi razón imponía leyes y exigía obediencia a todos sus gestos.

Y era por esto por lo que resultaban fallidas mis posibilidades amorosas. Siempre luchando con una emoción ridícula que deshacía las iniciativas primeras. Yo, ya lo dije antes, era un joven mundano, ávido de sensualismos y repleto de incógnitas a medio vislumbrar. Pensaba y meditaba mucho sobre el amor y sus derivaciones, finalizando con proyectos nunca cumplidos y con audacias siempre palabreras. Y no se crea que una timidez adolescente era la que me impedía obrar después con arreglo a mis pensamientos anteriores, no. Era que se apoderaba de mi alma un anhelo absurdo por elevar hasta la deificación al ser que conseguía interesarme. Estaba encadenado a una emotividad ridícula, dueña y señora de todos mis actos, que era como el timón que me mostraba direcciones fijas, sendas análogas a las seguidas ya en viajes remotos.

La mujer, en mis soledades fecundas, mirada cerebralmente, me parecía un objeto construido ex-profeso para proporcionar al hombre una felicidad fisiológica, nacida al calor del sexo, siempre exenta de ñoñeces absurdas y de madrigales poéticos. Pero nunca conseguí llevar a la práctica estas conclusiones. Conocer una mujer, amarla, y en el mismo instante, con precisión de segundo, apoderarse de mí un sentimiento anímico, recorrer mi cuerpo todo una vena de éxtasis, era ya cosa prefijada en mis trayectorias de amor. Y entonces, junto a una damita melancólica, que dijera a mi oído con voz de ángel cuatro palabras tiernas, se producían en mi espíritu cataratas de poesía, fluían a mis labios frases dulces, y hasta diríase que todo yo me sentía sepultado en flores, aguardando juntos la muerte, feliz apoteosis que recibiríamos con una sonrisa dulce, con un gesto de gratitud inmensa... Y entonces, sólo entonces, justificaba y comprendía a Werter, a Jacobo Ortiz, y a tantos y tantos delirios amorosos de que está plagada la realidad y la ficción.

Pero me separaba de mi novia, y una vez disipada la niebla que tanta poesía y tanto éxtasis produjo en derredor del cerebro, me avergonzaba mi proceder absurdo, que califiqué siempre de cobardía y de memez romanticoides. Mas al día siguiente me pasaba igual, y al otro, y al otro. Iba ya creyendo que yo era así, que tendría que resignarme a ser así. Un amigo me aconsejó que leyera filósofos duros, y que tirara a un rincón toda clase de novelería romántica. Otro me recomendó la literatura obscena, creyendo con Carracido que, aunque perjudicial, siempre lo es menos que la lectura de obras románticas y a mí podrían servirme de algo. Y yo atendía a ambos. Los resultados fueron completamente negativos. Yo era el mismo de siempre. Junto a una mujer, mi razón se hundía en las simas del desconcierto, dejando paso a las ternezas del corazón y a los éxtasis embriagadores. Y lo más raro es que al dirigirme a ella no lo hacía instigado por la necesidad de poner mi alma a sus pies, sino que guiaba mis pasos otro deseo, otra aspiración...

Y ahora, en el campo, fuera de las imbecilidades ciudadanas, al margen de las discusiones de amigos tontos, esto es, más con mi mismo, se manifestaban en una plenitud aterradora mis emotividades absurdas, como demostrándome que éstas eran mis cualidades propias, y que, por lo tanto, tenía que resignarme a ellas, a no ser que renunciase a la personalidad y la existencia. Y era

una voz exterior la que me comunicaba tales convicciones, con un ensañamiento cruel, procurando herirme en las fibras más preciadas. Y esta voz era la del destino, que me leía una y mil veces la página escrita por la *divinidad*, y a la cual se sujetan, cobardemente, sin lucha, el 99,9999999 p % de los humanos.

Porque, queridos "Bi-cerebros", un ridículo que no tiene conciencia de sus ridiculeces bien es verdad que no sufre, pero más verdad es que seguirá ridículo todos los ridículos días de su vida, y lo mismo le sucederá a un tonto, a un necio y a un idiota si no se dan cuenta de que sus actos son tonterías, necedades e idioteces; pues morirán tontos, necios e idiotas. Lo primero que hemos de conocer son nuestros defectos, antes, mucho antes, que enterarnos de nuestras virtudes. ¡Qué hermoso, ser crítico imparcial de uno mismo! Y yo, entonces, todos los días, afortunadamente, unos minutos tan sólo, deploraba mis lacras internas, que era como ponerme en una senda desde cuyas orillas agujas seleccionadoras fueran podando mis tonterías. Y a veces, los pinchos —crueles pinchos— desgarraban parte de mi alma, porque penetraban voraces, y su afán destructor no sabía de respetos ni de consideraciones. Y era en estos momentos cuando me sentaba al borde del camino, escudriñándome más y más intensamente, como queriendo percibir síntomas de "otro yo", de un "yo" que a pesar de ser "otro" brotara de "mi mismo".

Y buscaba en vano. Los árboles y las rocas me recibían mudos en su seno, con una mudez que cantaba enigmas. La lucha contra el destino es árida, muy árida. Pero el destino somos nosotros, y es esta afirmación el más fuerte incentivo para los espíritus inquietos.

El destino, o sea mi voluntad —una voluntad que no era la mía, sin embargo— guiaba mis paseos a los lugares donde ya de antemano sabía que estaba María Rosa, aquella dulce campesina de ojos azules y rostro melancólico, que sin palabras, con sólo un gesto, lograba inundarme de vacilaciones y de dudas...

Y a los quince días, regresando ella de llevar la comida nocturna a los pastores, la encontré en el mismo sendero donde la vi por vez primera. Yo juraría que hasta era la misma tarde, porque el cielo y el bosque mostraban imágenes idénticas y el recuerdo primitivo tomó caracteres de nebulosa lejana, y la impresión actual se produjo en mi sensibilidad como un sueño que toma formas reales, como un sueño vivo que *vivimos* con intensidad tal que nos parece haberlo *vivido* ya en fechas remota.

Esta vez no me resguardé entre las exuberancias de la vegetación, sino que me acerqué a ella, como un encuentro casual que los dioses me concedían.

— ¡Hola, María Rosa! — le dije.

Ella pareció sobresaltarse al verme, y no sé si me contestó con palabras.

Pero seguimos juntos un rato, mucho rato, durante el cual nuestros oídos no percibieron otra cosa que, de vez en vez, el choque del rucio con los guijarros del sendero. Y, sin embargo, en el transcurso de aquel silencio, tuvieron que cruzarse entre nosotros muchas frases, porque después nuestras primeras palabras tenían ya un sello íntimo, como engarfiadas cada una de ellas a un amor infinito.

Y desde entonces, los encuentros fueron ya diarios. Yo no sé qué conversaciones eran las nuestras. Dijérase que se me olvidaban para más libremente elegir al otro día temas más precisos. Una vez recuerdo que nos sentamos sobre una peña, cara al sol declinante, envueltos en una caricia de eternidad, y ella me contó algo de su vida. Vivía en unos de los pueblos próximos a la dehesa con su madre y dos hermanos pequeños. El padre emigró a Cuba hacía algún tiempo, y le enviaba algunos ahorros, pocos, que unidos a lo que ella ganaba en los veranos constituían todos sus ingresos.

Regresábamos pronto y por caminos diversos, pues nuestro amor no era aún conocido en la dehesa, y un secreto impulso latente en ambos nos hacía envolver las dulces sensaciones entre gasas impenetrables.

Por fin, nos decidimos un día a regresar juntos. Ya se sabía algo. Un zagalillo indiscreto, que nos viera en cierta ocasión pasar por lo más escondido del bosque, hizo de pregonero.

A la mañana siguiente, mi tío me hizo unas observaciones picarescas, y al ver en mi semblante un gesto algo repulsivo, me aconsejó que no anduviera con boberías, y que si él notaba en mis relaciones con la campesina cauces peligrosos me enviaría inmediatamente a la ciudad para mis padres. Yo, entonces, sonreí, como diciéndole que tomaba en consideración sus palabras y que no

me creyera tan panoli. Mas no era sincero. Pretendía desconcertar así a mi tío para ver si por lo menos no investigaba mis paseos con María Rosa.

Esta me refirió el efecto que en sus compañeras había hecho la publicidad de que éramos novios. La que más y la que menos la calificó de tonta y de presumida, y hubo alguna tan salvaje que con todas las letras le dijo a la ingenua niña que de eso sólo podría obtener la necesidad de hacerse vestidos más amplios dentro de unos meses. Esto me lo decía la pobre niña llorando, con unas lágrimas que hubieran hecho desistir de impuros propósitos al más ardoroso de los sátiros.

Yo cada vez amaba más y más a aquella niña, que nunca albergó, estoy seguro, en su corazón dudas sobre mi sinceridad y que correspondía a mis sentimientos confiada y plenamente, aun a sabiendas de que el fin de todo aquello no podía ser otra cosa que un recuerdo más o menos grato, que ocuparía una hoja volandera en el libro de una juvenilia sentimental. María Rosa, pobre campesina zafia e inculta, me amaba como se debe amar: En presente, con el tic-tac del corazón representando el segundo actual en los relojes. Siempre el mismo amor y siempre renovado. Por eso, la utopía que para ella significaba la palabra matrimonio no llegó a manifestarse nunca, porque era una concepción lejana, al margen del círculo reducido en que su alma se movía con aleteos innúmeros...

Una tarde salí con mi tío de caza, y, por lo tanto, no pude ver a María Rosa. La estrategia que yo utilizaba para matar los conejos era de lo más cobarde y ruin. Consistía en esperarlos, escopeta en mano, cerca de las peñas donde señales inequívocas delataban la presencia de los pobres animalejos indefensos. La caza de esta forma requiere una suma inmovilidad, hasta casi contener el aliento, pues a falta de órganos de combate el conejo, como todo ser débil, poseen una sensibilidad delicadísima y unas patas que obedecen, con inverosímil rapidez, a las señales de alarma que originen de su oído fino y de su excelente pupila. Durante los primeros quince o veinte días de “mi amor del alma” con María Rosa, tuve cazando, rasgos curiosos. Uno de ellos es que los conejos me producían gran lástima, y de aquí la consecuencia de que en unas cuantas tardes no disparase un solo tiro, pudiendo haberlo hecho innumerables veces. Diríase que los consideraba como algo unido a mí por los lazos invisibles. En el delirio de un atardecer, llegué a llamarlos hermanos, cosa no muy excéntrica existiendo el precedente de aquel varón que tuvo análoga delicadeza con los lobos.

Aquella tarde sentí renacer como una recriminación secreta a mi actitud y a mis procederes, algo así como un sedimento de los esfuerzos remotos por aplastar mi debilidad. Disparé y maté al primer conejo que se me puso a tiro, sin que me impresionaran los chillidos que el pobre daba al despedirse de la vida. Hasta me admiró a mi mismo este detalle. “Estoy —me dije— en pleno renacimiento”. Y salió otro conejo y lo maté con igual saña. Casi gozaba, con voluptuosidad de salvaje, en destruir aquellos pobres seres a quienes días antes llamara hermanos. Luego pensé en María Rosa. Y en presencia de su efigie, trazada con rasgos fijos y seguros en mi imaginación, no me atreví siquiera a sonreír. Me vencieron sus ojos azules, que parecían recriminar mi alegría bárbara. Y respeté la vida de un conejo, a quién como desagravio a la muerte de sus dos congéneres llamé hermano.

Aquello fue un sufrimiento continuo, porque volví a reaccionar y me avergonzó mi acción postrera. “Decididamente —me dije— soy un solemne majadero, un archimajadero sin salvación posible”.

Y, ahora, en un supremo y loco esfuerzo por romper las gruesas cadenas del absurdo, llegué hasta a reírme de María Rosa, y no me reí de mí mismo porque me creía salvado.

En esto, cuando legaban a la cúspide mis devaneos, oí muy cerca ruido de pasos y una voz que me llamaba quedo. Era Andrés, un pastorcillo de unos 15 años, ingenuote y simplemente salvaje, a quien yo tenía gran aprecio y de quien recibí en muchas ocasiones muestras de fidelidad y de cariño.

— Don Alfredo, han despedido a María Rosa no sé por qué, y se marcha esta misma y tarde *pa* su pueblo. Se lo vengo a decir por si usted quiere despedirse.

No me hizo impresión rápida la noticia, como si la hubiera previsto anteriormente. El zagalillo me miraba como esperando que le dijera algo. Se produjo entonces en mí un pinchazo que me hizo saltar con rapidez. Mil pensamientos asaetaban mi cerebro, a cual más exigente, y yo, sin atender a ninguno, sólo con el ansia de ver a María Rosa, eché a andar a campo traviesa en dirección al camino por donde ésta tenía que pasar para ir a su pueblo. Luego, ya me fui serenando. Me pregunté a qué iba, qué me proponía con verla. Pero indeciso y todo seguí adelante, como si fuese ella quien tuviera que contestar mis interrogaciones.

Quise pararme, pero este convencimiento psíquico no tuvo la fuerza necesaria para reducir mi ímpetu orgánico a la inmovilidad, y seguí corriendo, corriendo. Mis piernas luchaban con la maleza del bosque, como si éste quisiese impedir a todo trance mi éxodo hacia regiones desconocidas. De pronto, me inundó una extraña energía, más intensa, más febril y salvaje. Y con una plétora de humanidad bárbara, me di a gritar en alta voz unos sonidos que resonaban briosos y fuertes, como truenos, en aquellas soledades profundas.

— ¡¡El alma no tiene nada que ver con estas cosas!!

E iba repitiendo estas palabras como loco, incendiado por el deseo de imponerlas en su integridad toda.

Y luego, con el mismo tono de voz, ya algo ronco, exponía por los aires mis amores:

— ¡¡Yo amo a María Rosa, a María Rosa!! ¡¡María Rosa me ama a mí!!

Yo estaba en el camino, esperando con avidez indescriptible el momento sublime de la aparición. Repetía el nombre, jugaba con él, diríase que formando redes laberínticas para resguardarme entre sus murallas enormes.

Y a tanto decir María Rosa, María Rosa... se produjo en mí un odio terrible por María Rosa, no por el ser amado que se escondía detrás de estas dos palabras, sino por el nombre, por María Rosa simplemente, que ya me resultaba hueco, sin alma dentro de mí, más bien como un ladrón que quisiera robarme la otra, a la que el mundo llamaba así como podía llamarla de otra manera. Y yo sentí celos del nombre. Porque el nombre no era ella. No. Ella era ella y no María Rosa. María Rosa era el mundo, el seductor de ella. Y yo ¿qué era? Yo era un imbécil que en los delirios de amor por ella decía amar a María Rosa, a María Rosa. Y María Rosa no era ella. Ella era, y es, *La Mujer*. Yo, por lo tanto, amaba *La Mujer*.

Todo esto parecen locuras y acaso lo sean. Pero las locuras son inexplicables, y esto me lo explico yo perfectamente. Es que comenzaba a soltar lo que en mi amor había, o parecía haber, de abstracción y de “ímpetu anímico”, dando paso a un amor distinto, a una como desnudez de eflorescencias soñadoras.

Yo estaba sobre una peña al borde del camino. La escopeta la había dejado en el suelo abandonada. La miré un momento, como el símbolo de unas ilusiones rotas en buena hora. Quise reír, y reí hasta cansarme. ¡Ah cuando apareciera *La Mujer*! Y reía más, más y siempre riendo...

Por fin, la vi aparecer en el recodo próximo. Ahora la contemple a mi sabor, con ansias enigmáticas, a la vez que la lengua se me trababa en la boca y en la cabeza comenzó una danza infernal. Ella no me vio hasta que estuvo cerca, muy cerca...

Sonrió —de satisfacción, la pobre— al verme el traje destrozado, destrozo que era como el poema de mí correría por el bosque. Se sentó a mi lado. Nada que reflejase en su semblante huellas por la situación difícil. Ella era mujer fuerte. Sabía sobreponerse a las circunstancias. Se la privó de trabajo y de pan por mi causa. Y estoy seguro de que ella nunca se arrepintió de amarme ¡Pobre! Y yo allí acechándola como una fiera, ávido de clavarle mis uñas de muerte.

Porque no nos vieran, abandonamos el camino y nos refugiamos en la espesura. Yo no había pronunciado aún ni una sola palabra. No era indecisión, no, era más bien una premeditación cruelísima.

Ella turbó el silencio.

— Soy feliz porque me quieres

Y yo, rápido, como si aquellas palabras encendieran la hoguera que habría de consumirnos, le contesté agresivo

— Pues hemos sido un par de imbéciles, María Rosa.

Y fue al contacto con este nombre, que salió de mis labios a manera de pajarillo libre de trabas, cuando abalancé sobre la *Mujer* y dile un beso fuerte, fuerte...

Y a esto sucedió una languidez física, algo así como el atolondramiento de quien termina de ejecutar una mala acción. Me senté otra vez sobre la roca, débil, recriminándome con saña porque no podía llevar a cabo mis premeditaciones anteriores. Era como si la naturaleza toda me amarrara con gruesas cadenas a la roca. Y ella, María Rosa, que recibió el beso riendo y tranquila porque lo creyó

puro y “con el alma”, se sentó junto a mí, embriagada también por el paisaje, con los ojos perdidos en la inmensidad, contemplando el hermoso espectáculo del atardecer, sosegado y dulce...

Nunca sentí yo como aquel día penetrar tan dentro de mí alma las alegrías del campo. Estábamos en medio de los árboles, sumergidos en silencio, y una cúpula hialina recogía nuestras miradas a lo alto. Nos rodeaba una sombra tibia, pues las frondas eran muros para la luz del sol, cuya existencia sólo percibíamos por los reverberos que formaba en las blancas guedejas de una nube...

Por fin, se hundió el sol, y la noche, precedida por el trompeteo del véspero, acudía presurosa a envolver las conciencias. Y nos dirigimos al camino. Yo llevaba la escopeta en la mano. ¡Siempre el terrible trofeo de la muerte! Es que moría nuestro amor, nuestro amor. Y volví a querer “con el alma” a María Rosa. ¡Oh, cuánto la amé en aquella hora de silencio!

Y nos despedimos con un abrazo infinito que duró siglos y siglos. Entonces, la pobre niña rompió a llorar. ¡Y qué lágrimas las suyas! Pero reaccionó al instante y se mostró fuerte, domeñadora de las circunstancias...

Y todo se acabó allí... Diríase que los zarpazos de la noche nos empujaban en direcciones distintas...

Esta es, queridos “Bi-cerebros”, mi hora romántica más intensa. La que, recordándola, me hace pensar a veces que nosotros somos unos majaderos...

A los dos días, por acuerdo unánime, se expulsó del “Bi-cerebralismo” a Alfredo Ruilópez.

- Fin -

[Inédito, bajo el título figura escrito: novela corta original de R. Ledesma Ramos. Original sin fecha]